

El primer genoma

Daniel Yeste



Capítulo 1

Quedaron anonadados cuando avanzaron y descubrieron aquella construcción escondida entre polvo y dunas. Cuando el velo de arena se disipó gracias al contraviento, los ojos de los cuatro viajeros se abrieron sorprendidos comprendiendo lo que estaban a punto de apreciar. Hacía cientos de años que ningún ser humano cedía un segundo de su vida para contemplar tal obra. Construida bajo el yugo del esclavismo y la sangre para dar sepultura a sus antiguos reyes, se alzaba ante la compañía lo que antaño fuera una de las siete maravillas de la tierra: la gran pirámide de Guiza.

Se miraron unos a otros con gesto de aprobación mientras andaban entre los vientos huracanados y la agresiva arena les golpeaba. Acostumbrados al frío de marte, el calor del desierto había mermado las fuerzas de la compañía; su vitalidad humana se apoyaba cada vez más en su parte robótica. Nadie del antiguo o nuevo mundo podría haber luchado contra aquella tierra árida y adversa, contra aquel sol difuminado en el cielo que parecía dar el pésame a toda vida en el planeta.

El nerviosismo se reflejaba en la cara de los soldados. Los meses de entrenamiento y preparación parecían inútiles allí, en la superficie de la tierra. De vez en cuando, Nargol lanzaba una mirada hacia atrás para comprobar el estado de la compañía. Sus facciones marcadas y su rostro afilado transmitían la decisión que necesitaban. Ellos devolvían siempre el gesto en silencio, asintiendo con firmeza al capitán.

Arrastrados por sus lentos pasos entre la arena, se aproximaron a la pirámide examinándola. El esplendor de esta se ocultaba tras la arena que, danzando sobre ella, impedía al grupo apreciar su tamaño. Tocarón los bloques tallados, colocados como un perfecto entramado que se perdía en el cielo. Parecía casi un milagro que tras tantos miles de años siguiera intacta, imperecedera. El eco de un mejor pasado retumbaba en sus cabezas; la vida como se conociera antes de la destrucción.

Se detuvieron mientras Nargol, quieto, escurría entre las yemas de los dedos el polvo. Se quedó pensativo un instante, antes de alzar la cabeza, firme.

-Agmun, ¿dónde está la entrada a la tumba?! - dijo elevando la voz por encima de los vientos que se interponían entre ellos.

- Tendría que estar en la cara norte, pero no sabemos en que condiciones la podemos encontrar. -lanzó una mirada fugaz a su alrededor y luego, al cielo mientras entrecerraba sus ojos-. ¡Tendríamos que acelerar el paso

capitán! ¡No quiero imaginarme este desierto por la noche!

El capitán hizo un gesto hacia sus rodillas para dar la orden al grupo. Sus piernas biónicas empezaron a vibrar mientras se colocaban todos en formación. Al alzar su brazo, cuatro veloces sombras arrancaron su carrera entre las dunas, dirigiéndose al norte. A pesar de la corta distancia que tenían que cubrir, el terreno dificultaba su avance con altibajos y el constante cambio del terreno.

En pocos segundos dieron el rodeo para situarse en el punto de entrada. Cuando llegaron, los tres hombres se posicionaron formando un triángulo para dar paso a Turse. La muchacha plantó la rodilla en la tierra y hundió la mano en la arena, arrastrándola levemente. Maldijo entre dientes y se giró con gesto serio para dirigirse a su capitán.

-Tardaré un poco en encontrar la entrada, Nargol. Las corrientes de arena hacen que sea difícil saber donde está el hueco. Si está sepultado bajo metros de dunas, tendremos que buscar otra alternativa.

-No hay otra alternativa, no por ahora al menos. Encuéntrala cueste lo que cueste. -sentenció el capitán con gesto serio, terminando la frase con aquella mirada inquisitiva que le caracterizaba.

Mientras la exploradora se sumía inmersa en su trabajo, vieron como en la lejanía el sol emprendía el camino hacia el horizonte. A medida que pasaba el tiempo y observaban cada vez más su entorno, corroboraban lo temido: los analistas de Marte erraron en demasiados aspectos. La guerra bacterionuclear había dejado un paisaje desolador y unas condiciones adversas para cualquier tipo de vida en la tierra. Cuando les explicaron en qué situación debería estar el planeta, imaginaron un contexto más paradisíaco. La realidad era muy distinta, las esperanzas para cualquier ser vivo eran idílicas en aquel lugar.

- ¿Os imaginabais cómo sería? -dijo Ecros mientras oteaba el horizonte con sus ojos pequeños, los cuales desprendían una chispa de alegría-. ¿Que el camino que indican las estrellas nos llevaría a unas pirámides así?

-Nunca imaginé que viajaría a la tierra, al inicio de todo. -dijo Agmun mientras se dibujaba una leve sonrisa en sus labios. Un paraíso terrenal, decían. Prefiero vivir en la profundidad de Marte, al menos no tengo la sensación de tener que estar atento para ver qué coño va a pasar aquí.

El silencio se volvió a apoderar de ellos, sólo interrumpido por el monótono silbar del viento. A sabiendas de que las probabilidades de encontrar agua allí eran escasas, redujeron el consumo de su parte orgánica para mantenerse activos. La premisa fue clara desde el principio, su vida era mísera comparada con la valía de la misión. Todo estaba

dispuesto para que tuvieran una alta tasa de éxito y, si volvían con las manos vacías, morirían de igual manera.

La preocupación comenzaba a ser latente en el grupo al ver que Turse, intranquila, no daba señal de avance alguna. Sabían que tras tantos años la ubicación no podría haber sido calculada a ciencia cierta, sabían, que era probable que sus esfuerzos fueran en vano. Las manos nerviosas empezaban a moverse entorno al gatillo de sus armas. Las muecas de preocupación empezaban a dibujarse en sus caras cuando, con la última luz del día la chica se giró enérgica levantándose hacia sus compañeros. Tomo aire un instante y se dirigió hacia el resto del grupo:

-Lo tengo, he rastreado las sondas y el punto debe estar a esa altura, unos veinte metros bajo tierra. La entrada esta sepultada con algún material duro ya sean piedras o metal, si activamos el equipo estaremos dentro en cinco minutos.

-Así sea. Muchachos, prestad atención en todo momento. Dad comienzo al proceso excavación.

Sus manos empezaron a emitir una luz azulada mientras sus extremidades iban cambiando por completo. En unos segundos lo que fuera el antebrazo era una enorme broca cónica que giraba a miles de revoluciones por segundo. Cuando Turse se lanzó de cabeza en la arena con las manos por delante, se alzó un pequeño huracán de arena por el que entraron el resto. La arena volaba al ritmo que la compañía avanzaba por el subsuelo. Al momento habían dejado atrás la ventisca y la sensación de calor; la estela de luz que dejaba Turse a su paso les permitió seguir su ritmo hasta que esta se detuvo en el que parecía ser el punto de entrada.

- ¡Muchachos profundidad completada! ¡Cuidado con la corriente de arena que nos arrastrara en la bajada!

Acto seguido perforó una pared de roca que cayó en mil pedazos junto a ellos por un túnel inclinado. Mientras bajaban cambiaron sus enormes perforadoras por unas garras mecánicas con las que se cogieron unos a otros a medida que iban encontrando al siguiente compañero hundido en la arena. Cualquier humano hubiera sido destrozado por aquella corriente, la presión era dura de soportar incluso para una persona biónica. La enorme tromba de arena les arrastraba velozmente por el hueco cuando Turse encontró el lugar de extracción, arrastrándoles hacia allí.

Se recompusieron a medida que se situaban y respiraban un aire viciado, denso y observaban su alrededor con asombro.

- Localizamos el sarcófago, conseguimos parte del cuerpo y volvemos a la nave. No quiero distracciones, el plan es sencillo y todo esta predispuesto.

Agmun , encabezaras el grupo-dijo mientras hacia un gesto con la mano señalando el camino.

El grito de aprobación retumbó por las profundidades mientras sus armas de combate eran generadas en sus manos y comenzaban a avanzar con cautela por la sección inferior. Amgun guiaba a sus compañeros atento a cualquier cambio en la estructura mientras Turse y Ecros le seguían de cerca absorbidos por las inscripciones en las paredes adyacentes. Los antiguos muros les mostraban engañosos sus inscripciones arrastrándoles hacía las profundidades, distrayendo a los viajeros.

Se apresuraron cuando vieron que el pasillo cerraba su trayecto en una puerta en la lejanía. Al acercarse más, sus pulsos aceleraron al ver al alcance de la mano el éxito, la salvación.

-Soldados, misión cumplida, extraigamos una muestra del cuerpo y volvamos a la nave. - dijo Nargol con un tono alegre, sonriente mientras cruzaba el umbral.

Ecros dejó caer un grito de euforia mientras le tocaba el hombro a Amgu, girándose y respondiendo con una sonrisa. Tenían a escasos metros la esperanza de la humanidad, el único recurso con el que serían capaces de sobrevivir. Una simple muestra de uno de sus antepasados les otorgaría la cura.

Al entrar allí, sus caras mostraron la sorpresa que no pudieron expresar. Aquel ser, rodeaba con su cuerpo alargado toda la sala, naciendo de este tres cabezas ovaladas con ojos cómo ámbar que ahora fijaban su visión en los allegados. Su contorno estaba conformado por un millar de agujas de color blanco que devolvían el brillo de las linternas. En ese momento, el tiempo, se detuvo. Notaron todo su cuerpo congelado, incapaz de responder a sus órdenes y, entonces, lo comprendieron. Comprendieron, que su misión no podría ser completada sin ningún sacrificio. Comprendieron, que aquel viaje quizás no tuviera vuelta. Comprendieron, que pese a ser transformados en una entidad perfecta, jamás podrían eliminar su instinto más primario: el miedo.

Capítulo 2

Miles de pensamientos atravesaban la mente de Nargol en aquel momento mientras intentaba contener la respiración. El aliento de la bestia impregnaba la sala con un olor pútrido, nauseabundo. En sus grandes ojos podía ver reflejado un grupo lleno de incertidumbre; cuatro soldados que, por primera vez, no sabían como actuar. Jamás había visto aquellos gestos y aquel nerviosismo en ninguno de ellos. Nunca había sentido tal aura de temor a sus espaldas.

La bestia se acercó lentamente acompañada por el sonido de las púas al repicar. Su tintineo provocaba repulsión en sus víctimas, ahora acobardadas por su movimiento. Su cuerpo era suficiente para cubrir gran parte de la sala e ir estrechando un cerco que, de forma pausada, se iba cerrando.

Cuando notaron el calor de la bestia ya cercana a ellos, Ecros levantó el pie del suelo lentamente haciendo que el resto del grupo fijara la vista en él. El chico de piel oscura detuvo su movimiento cuando vio que Nargol abría el puño lentamente.

-Ecros, quieto- dijo en un susurro pausado mientras acentuaba su gesto-. No sabes a que te enfrentas.

Las tres cabezas respondieron a la impertinencia mostrando sus enormes bocas plagadas de afilados dientes. El agudo sonido que emitió les hizo retroceder. La bestia estaba jugando con el pequeño espacio, intimidando a sus presas. Sus respiraciones se aceleraron cuando vieron que a su alrededor todo era un mar de púas. Tres cabezas que les superaban en tamaño estaban acorralándoles y juzgando su presencia allí.

-A mi señal; Amgun, Turse sacad el cuerpo. Ecros, detrás de mí.

Las palabras que retumbaron en aquella sala fueron firmes, inspiradoras. Sus cuerpos abandonaron el temblor nervioso, sus mentes fijaron un objetivo. La adrenalina montó en el torrente de sangre dándoles esa última visión nítida, esa última bocanada de aire purificadora antes de la batalla.

Cuando tuvieron a la bestia tan cerca como su muerte, se miraron y todo fluyó. Clavaron sus talones en el suelo con tal fuerza que lo resquebrajaron cuando la velocidad se disparó. Para ellos, el mundo se ralentizaba a cada zancada. La bestia ni siquiera pudo intuir lo que estaba sucediendo.

- Ecros munición electroestática ya ¡Dales el espacio que necesitan! -gritó

Nargol exhalando todo su aliento.

Al instante, la palma de la mano de Ecros se abría en un círculo que iba tomando forma de cañón. Cuando la embocadura dejó de girar y el vibrante sonido metálico enmudeció, una bala del tamaño de un puño salió chispeante impactando con la cabeza más cercana. El brillo azulado que iluminó toda la sala fue fugaz como un rayo. La bestia, aturdida por el disparo, se tambaleó dando el espacio que necesitaban para actuar.

Turse y Agmun iniciaron su carrera en dirección contraria, sorteando en el pequeño espacio el cuerpo de la bestia.

-Turse, está allí detrás. Salta ivamos! -dijo Agmun mientras se hacía un ovillo para hacer de muelle a la chica.

La chica le agarró de los hombros consiguiendo la fuerza necesaria para sobrepasar el cuerpo. Cuando consiguió ver el sarcófago mientras volaba en su trayectoria, todo se paralizó. Resquebrajado y en ruinas, sólo quedaba hollín y polvo. La última esperanza de marte estaba reducida a cenizas. El Heraldo acabaría con cada uno de ellos. Sus pensamientos desvanecieron la realidad a su alrededor dejándola absorta. Los gritos, difuminados, pasaban desapercibidos allí en el aire, entre el sarcófago y ella, ante lo que pudo ser y no fue. Cuando aterrizó, se quedó completamente quieta. Las tres cabezas serpenteaban acortando la distancia con los distractores mientras a escasos metros observaban a Turse paralizada y con la mirada perdida.

-Turse rápido, icógelo! – gritaron casi al unísono sofocados.

La chica se giró lentamente con gesto de tristeza, sin alma. Sus mejillas eran ahora vertientes de lágrimas que confluían cayendo en su dorada trenza. Los miró, ignorando todo peligro cercano y con voz congestionada lanzó unas palabras que se clavarían como puñales:

-Hemos fallado, capitán.

La voz de Turse impactó en lo más profundo de sus corazones. Aquellos tres hombres que un día contemplaron el fracaso desde la lejanía sentían ahora como caían en un abismo que les negaba todo atisbo de esperanza. La caída del humano era inminente; sin el primer genoma, aquel virus marchitaría toda vida en el planeta. Aquellas sonrisas se perderían en el olvido, en el vacío, en la oscuridad.

Si su vida no estuviera paseando por el filo de la espada, habrían caído, derrotados por el destino. Pero la amenaza allí presente, no daba cabida al sosiego. El baile había comenzado. Tres fugaces movimientos hicieron que Ecros y Nargol despertaran de su sueño para enfrentar la realidad. Miles de espadas en aquellas pútridas bocas estaban dispuestas a desgarrar

cada uno de sus músculos.

Rápidamente se aferraron a las paredes intentando esquivarlas en una actuación donde el fallo, era mortal.

- ¡Armas de combate ya! ¡Acabad con la bestia! -gritó Nargol antes de voltearse para esquivar un mordisco.

El mejor tirador de marte disparó con su cañón de plasma al cuello, intentando separar las cabezas del tronco. La bala de Ecros impactó estruendosa en el cuerpo de la bestia. Nargol empezó a correr bajo la lluvia de sangre verde intentando llegar a Turse, aún impasible.

- ¡Agmun, fuego en la herida joder! -dijo Ecros a la par que corría hasta la posición de su compañero atrayendo a la bestia.

Cuando el monstruo se giró hacía él, Agmun disparó un virote que, al clavarse en la herida de la bestia, explotó abriendo un enorme agujero en la tráquea. El iracundo grito hizo que maldijeran, sus tímpanos no podían soportar aquella frecuencia perforadora. La bestia empezó a reptar tras los tiradores, que ahora buscaban un punto débil para eludirla.

Nargol aprovechó la distracción acercándose a la muchacha. Se situó entre la tumba vacía y Turse, que ahora se encontraba de rodillas, con las manos tapándole la cara.

-Turse, mírame-dijo tomándola del hombro con cariño-. No está todo perdido, aún podemos intentarlo.

-Todos morirán por nuestra culpa, Nargol. La misión... ha fracasado- consiguió balbucear en un sollozo ahogado, mirándole con ojos llorosos.

-La misión habrá fracasado cuando dejemos de luchar, no antes.

Sus gestos y su expresión dura hicieron sentirla débil. Cuando volvió a alzar su rostro y conectaron sus miradas, todo se desmoronó. De repente volvía a estar allí, delante del capitán, con aquella bestia acorralando a sus compañeros ahora en peligro mortal. Asintió con entereza al capitán y se recompuso con su ayuda.

-Vive para salvar lo que amas, o muere condenándolos a todos- dijo Nargol antes de empezar la carrera hacia la bestia, con mirada decidida.

El polvo cubrió la sala cuando el monstruo se precipitó hacia los combatientes. Agmun esquivó por centímetros una de las cabezas, haciéndola chocar con una de las paredes, provocando un ligero temblor en la sala. Los dos soldados empezaron a disparar sin cuartel mientras la bestia les acorralaba con rápidos mordiscos. Cuando el monstruo los

arrinconó en una esquina, intentaron subir por la pared aferrándose con sus garras. Intentaron escalar hasta un punto en que no les alcanzase, pero parecía imposible. La longitud de su cuerpo abarcaba toda la cámara y ellos únicamente podían esquivarla dependiendo de sus reflejos. Con cada disparo el cansancio aumentaba y sus movimientos eran más imprecisos. El baile mortal siguió desenvolviéndose mientras conseguían mermar a la bestia hasta que, en un contrapié, el resbaladizo espacio hizo caer a Ecros.

Desangrándose y malherida, la bestia cruzó su mirada con la del chico. Vio como su rival perdía el control cayendo, otorgándole el placer del cazador: su presa.

- ¡Agmun ayuda! ¡Mátala ya! -suplicó mientras caía mirando a Agmun, que a su vez miraba a la bestia aterrado, contemplando la escena con desesperación.

Ecros comprendió su destino y cerró los ojos, dispuesto. El monstruo atacó fugaz la trayectoria del muchacho olvidándose de una cosa... el resto de presas. Una gran bola de luz fue lo último que consiguió ver, el presagio que lo desterraba a la penumbra. Al impactar, una fuerte onda de choque destrozó al ser en mil pedazos. Ecros cayó al suelo en un golpe seco que le dejó inconsciente. Las paredes empezaron a temblar en ese instante, creando una precipitación de arena que se abalanzaba sobre ellos.

-Turse coge a Ecros irápido! ¡A la superficie ya!

Salieron disparados hacia la superficie viendo como todo se derrumbaba su paso. El cuerpo de la bestia quedó allí inerte, sepultado. Recorrieron veloces el mar de arena hasta que volvieron a notar el aire frío, cortante. Cuando llegaron a las dunas tumbaron a Ecros, aún inconsciente y herido. Agmun apartó a Turse de un manotazo y cogió rápidamente la muñeca de su amigo.

-Está vivo- dijo soltando un suspiro-. ¿Eres imbécil Turse? ¡Casi nos matas a todos! -dijo mientras se encaraba con ella irascible, agarrándola del cuello.

-Suéltala o te vuelo la mano-dijo Nargol con tono serio apuntando con el cañón.

- ¡Sólo necesitábamos el cuerpo! Teníamos delante de nosotros la cura y ella la ha dejado. ¡Nos ha condenado a todos capitán!

- ¡Silencio! ¡No quedaba nada, el cuerpo no estaba! Suéltala ya. Tenemos que averiguar que pasa aquí. Acabamos de ver al primer ser vivo en este

planeta en milenios.

Agmun soltó a Turse que, apoyando la mano en el suelo, empezó a toser mientras intentaba recuperar la respiración. Se colocó a pocos centímetros del rostro de Nargol y escupió antes de empezar a hablar.

- A la mierda con todo, yo vuelvo a marte, capitán. La misión ha sido un desastre y este planeta parece una trampa mortal. Al menos moriré en paz con mi familia

-Se te escogió para recuperar los códigos genéticos y eso harás. Ya no hay vuelta atrás a marte. No nos dejarán volver si no es con esa información-dijo mientras acortaba las distancias.

- ¡No podemos recuperar esos putos códigos, el plan ha fracasado! Lo mejor que podemos hacer es morir con dignidad. Morir en nuestro hogar.

En ese momento le agarró del pecho levantándole con fuerza, retándole con la mirada. Las dos respiraciones aceleradas daban tono al silencio de la noche, daban vida a aquella sórdida llanura.

-El plan no ha fracasado, seguimos aquí. Informaremos a marte y esperaremos. Y escúchame bien Agmun; viniste aquí para salvar al planeta y eso será lo que harás. Miles de vidas dependen de nosotros, así que no los condenes con tu estupidez.

Ambos tomaron distancias, midiendo su temperamento. El tenso silencio se prolongó, sólo interrumpido por los jadeos de Turse hasta que Agmun se giró lentamente diciendo con desprecio:

-Que así sea... capitán. Espero que sepas lo que haces.

- Vive para salvar lo que amas, o muere condenándolos a todos. Siempre ha sido así, Agmun. Turse, encárgate de Ecros. Volvemos a la nave.